

## *Collatio Laureationis*: el discurso de la coronación con laurel de Petrarca en Roma. Presentación y traducción

### RESUMEN

Este artículo contiene una presentación y una traducción castellana del discurso de Petrarca que pronunció cuando recibió la corona de laurel en Roma el año 1341.

PALABRAS CLAVE: Petrarca, discurso, traducción al castellano, corona de laurel, Roma.

### ABSTRACT

This paper contains a presentation and a Spanish translation of the Petrarch's speech that he pronounced when he received the crown of laurel in Rome in the year 1341.

KEY WORDS: Petrarch, speech, Spanish translation, crown of laurel, Rome.

### PRESENTACIÓN

Francesco Petrarca es —huelga decirlo— asaz conocido. Son ríos de tinta los que, durante siglos, se han dedicado a reproducir su obra y a investigar tanto esta como su biografía. Estas afirmaciones son tan obvias como ciertas. Porque Petrarca alcanzó, ya en vida, una fama extraordinaria, y uno de sus momentos culminantes fue su coronación con una *laurea*, una corona de laurel, un 8 de abril, Domingo de Resurrección, de 1341, en un lugar tan simbólico como el Capitolio de la ciudad de Roma.

En el discurso que pronunció en tal ocasión, la *Collatio laureationis*, el mismo Petrarca manifiesta lo mucho que deseó obtener tal reconocimiento<sup>1</sup>, si bien en su famosa epístola a la posteridad (*Posteritati*) afirma que en nada aumentó su sabiduría, pero sí la envidia que generó<sup>2</sup>.

Para Petrarca, sin duda, fue muy feliz aquella jornada, y no solo por la corona de laurel recibida, elementos ambos, tanto el laurel como la corona hecha con las ramas de este árbol, con tantas resonancias y significados en la tradición clásica y también para él (unos indicados en el mismo discurso<sup>3</sup>, otros recogidos en su poesía), sino también porque, considerando su amor por la época clásica y su cultura, y que, como afirma D. Francisco Rico, «Para los humanistas, la centralidad de la literatura no fue sólo una teoría del saber, sino, todavía antes, una experiencia estética personal», un acto de plena recreación romana como fue el de su coronación con laurel (Boccaccio, en su breve biografía de Petrarca<sup>4</sup>, hace alguna mención expresa a esta característica del acto de coronación<sup>5</sup>), y centrado en textos y motivos clásicos, hubo de ser para él un momento de extremo gozo.

Pero fue una recreación de la Antigüedad que, a pesar de la presencia de elementos culturales paganos, estaba inserta en el cristianismo. Esto se advierte no sólo por alusiones directas, o por la interpretación alegórica de la poesía pagana que realiza Petrarca en el discurso, sino, incluso, en aspectos más sutiles. Así, por ejemplo, la cita inicial de las *Geórgicas* de Virgilio es, en palabras del gran experto en el campo del Humanismo Paul Oskar Kristeller, «un intento de imitar la práctica de los

1 Respecto a desde cuándo lo deseaba *vid.* Mann, N., «Estudio introductorio», en Petrarca, *Cancionero*. I. Preliminares, traducción y notas de Jacobo Cortines. Texto italiano establecido por Gianfranco Contini. Estudio introductorio de Nicholas Mann, Madrid 1989, 17-126, concretamente p. 58-59.

2 «Hec michi laurea scientie nichil, plurimum vero quaesivit invidie».

3 Respecto a la exactitud de algunas indicaciones realizadas por Petrarca en su discurso sobre el uso en la Antigüedad de la corona de laurel *vid.* Mann, N., «Estudio...» o. c., p. 59.

4 Su título es: «De vita et moribus domini Francisci Petrarcelli de Florentia».

5 «Cum quanta hoc romanorum civium Leticia tam nobilium quam etiam plebeiorum factum contigerit, non opus est verbis, facile quidem potest ab unoquoque presummi: id nempe omnibus visum puto, iam multo ante lapsa felicia tempora ac regna saturnia rediisse».

predicadores de entonces»<sup>6</sup>. Y, más allá de la literalidad del texto del discurso, terminada la solemne ceremonia, Petrarca ofreció su corona de laurel, tan simbólicamente pagana, en la basílica de San Pedro<sup>7</sup>. No sin razón Boccaccio le calificó de *religione christianissimus* en la pequeña biografía que le dedicó, y D. Francisco Rico, el gran experto en Petrarca, ha escrito, ratificándolo: «Por muchas debilidades y caprichos que tuviera, Petrarca fue siempre un católico, no ya de ortodoxia inquebrantable, sino incluso extremadamente devoto.»<sup>8</sup> ¿Qué hubiese pensado Petrarca de haber sabido que, a finales del siglo posterior al que vivió, obras suyas acabaron en la hoguera de las vanidades del dominico Savonarola en la ciudad de Florencia, con la que tanta relación tuvo?<sup>9</sup>

La influencia de la obra de Petrarca fue enorme. Resulta tan obvio que no es necesario insistir en ello<sup>10</sup>. Pero frente a la gran pervivencia de su obra en romance, la latina, aunque también exitosa en su tiempo, no soportó tan bien el paso del tiempo; ya el mismo Erasmo, en su *Ciceronianus* escribe una conocida referencia que atestigua cómo el gusto de los lectores de comienzos del siglo XVI iba principalmente por otros derroteros<sup>11</sup>.

6 Kristeller, P. O., *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, Madrid 1993, p. 316: «Es de notar también que la oratoria secular estuvo influida, en algunos casos, por las tradiciones más antiguas de la oratoria sagrada. Cuando Pedro de Vineis se dirige a los ciudadanos de Padua en nombre del emperador Federico II, según nos cuenta un cronista, comienza su discurso con una línea de Ovidio que le sirve de tema. De igual manera, Petrarca inicia su discurso de coronación con una línea tomada de Virgilio. Obviamente, estamos ante un intento de imitar la práctica de los predicadores de entonces, pero utilizando como tema del discurso una línea tomada de un poeta pagano en lugar de una línea procedente de las Escrituras.»

7 Ayguals de Izco, W. el alii, *El Panteón Universal. Diccionario histórico*. Tomo IV, Madrid 1854, p. 159: «Del Capitolio pasó á la iglesia de San Pedro, entre mil vítores de júbilo, de una multitud que apenas le dejaba libre tránsito, y luego que hubo llegado al templo depositó sobre el altar su corona.»

8 Rico, F., «Introducción», en Petrarca, *Obras. I. Prosa*. Al cuidado de Francisco Rico. Textos, prólogos y notas Pedro M. Cátedra, José M. Tatjer, Carlos Yarza, Madrid 1978, XI-XXXIX, concretamente p. XXV.

9 Garin, E., *El Renacimiento italiano*, Barcelona 2012, p. 284.

10 Esto se muestra, incluso, en el hecho de la temprana llegada a América de sus libros (sobre esto *vid.* Marín Martínez, T., «Hernando Colón y la Biblioteca Colombina», en Marín Martínez, T., – Ruiz Asencio, J. M. – Wagner, K., *Catálogo concordado de la biblioteca de Hernando Colón*. Tomo I, Madrid 1993, 19-352, concretamente p. 345, nota 2 (citando a la Dra. Milagros Villar).

11 «Itaque refflorescentes eloquentiae princeps apud Italiam uidetur fuisse Franciscus Petrarca, sua aetate celebris ac magnus, nunc uix est in manibus» (cursiva mía).

Empero, esto no significa total olvido; así, por ejemplo, en el análisis realizado por D. Vicente Bécares Botas sobre los fondos existentes en las librerías de Salamanca en el primer tercio de la citada centuria, se observa cómo las obras de Petrarca eran de las que más ejemplares tenían<sup>12</sup>, algo fácilmente explicable por el carácter universitario de la ciudad. Y las publicaciones humanísticas de la época mantenían su recuerdo y alabanza de modo constante<sup>13</sup>.

El discurso de su coronación es una muestra del apasionamiento de Petrarca por las letras, la poesía y la Antigüedad<sup>14</sup>. El sentido del texto —incluso el de las citas realizadas<sup>15</sup>— es prueba de ello. Pero también lo fueron no sólo otros de sus escritos, sino también su propia vida, incluso en aspectos anecdóticos. Así, por ejemplo, cuando uno lee en la epístola que escribió al arzobispo Guido Sette cómo iba por las noches hasta

12 Bécares Botas, V., «Los libros y lecturas del humanista»: Silva, 2 (2003) 9-26, concretamente p. 25. Por cierto que de la que más ejemplares había era el «*Exemplum privilegii* (40 [ejemplares]), título algo confuso (tal vez el *Privilegium laureationis suae*)», texto enmarcado también en la ceremonia de coronación de Petrarca, como resulta sobradamente sabido.

13 Por ejemplo, en *Evsebii Caesariensis Episcopi Chronicon...*, publicado en París en 1518 en las prensas de «Henricvs Stephanvs», en las tablas cronológicas que se fueron añadiendo al texto inicial se indica para el año 1304 (fol. 143[v]): «Franciscus Petrarcha egregius poeta futurus nascitur». Y en el año 1375 (aunque debería ser 1374) se consigna: «Franciscus Petrarcha egregii nominis poeta in Patauini agri pago, qui Aquarda dicitur, obiit.»

14 Esta característica le diferencia, de manera muy contrastada, de no pocos autores de la Edad Media de la que procedía y que estaba dejando atrás en el camino hacia el humanismo renacentista. Basta compararle con, por poner un ejemplo, el autor de los *Casus Sancti Galli*, para comprobarlo con toda claridad. Aunque ambos escribían en latín, y citaban a los clásicos, Petrarca miraba a la Antigüedad, mientras que de aquél, Ekkehard IV, se ha escrito: «Immer wieder versenkte er sich in Gründungsgeschichte, in die Karolingische Epoche, in die grosse zeit der Ottonen» (Ekkehard IV, *St. Galler Kloster geschichten*. Herausgegeben von Hans F. Haefele, Darmstadt 2002, p. 1 de la *Einleitung*).

15 Aunque Petrarca menciona el autor de las citas, estas están perfectamente identificadas en la traducción italiana de Antonietta Buffano reproducida en la siguiente página de Internet: [www.classicalitaliani.it/petrarca/prosa/collatio\\_laureationis\\_ita.htm](http://www.classicalitaliani.it/petrarca/prosa/collatio_laureationis_ita.htm).

Sin que pueda llegar a ser tan revelador el análisis de las citas como el que Mandelstan realizó con respecto a las de la Divina Comedia de Dante (Steiner, G., *Lecciones de los Maestros*, Madrid 2005, p. 54) lo cierto es que merece la pena considerar qué autores cita Petrarca y su relación con sus obras.

la cueva donde se encuentra el nacimiento del río Sorga no puede dejar de preguntarse si no estaba emulando algo narrado por Tito Livio, cuya obra tan bien conoció Petrarca, en un pasaje de *Ab Urbe condita*<sup>16</sup>. Esa pasión por lo clásico, que conllevó el poco aprecio por lo medieval y lo característico de tal etapa, explican la referencia a la Teología<sup>17</sup> que hace al comienzo del discurso de coronación, e incluso que no hiciese en él alusiones al campo del Derecho. Aunque no puede entenderse el protohumanismo sin conocer el ámbito de los expertos en leyes y sus intereses literarios, lo cierto es que, probablemente, y por motivaciones personales (basta recordar lo que al respecto escribe Boccaccio en la pequeña biografía que le dedicó) Petrarca viese en el Derecho la barrera que hubo de franquear para consagrarse a su vocación literaria<sup>18</sup>. De hecho, su desinterés no fue excepción: en el siglo XV el Derecho fue decayendo hasta que, llegado un momento, comenzó a aplicarse a su investigación el análisis textual propio del Humanismo<sup>19</sup>. Los elogios del humanista Eneas Silvio Piccolomini, que llegaría a ser el Papa Pío II, a Florencia por escoger a sus dirigentes por sus conocimientos en humanidades más que por su condición de juristas manifiestan claramente esta tendencia<sup>20</sup>.

Estamos ante un discurso centrado en la poesía, los poetas y las referencias propias al laurel y la corona hecha con sus ramas. Es, pues, obviamente, una pieza oratoria. Pero, ¿hasta qué punto es poética? Luis Alberto de Cuenca, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, titulado *Histo-*

16 En concreto I.21.3.

17 También hay que entender la alusión en cuanto a lo siguiente: «para los humanistas fue en especial importante defender sus estudios contra las pretensiones de las otras disciplinas, y con mucha frecuencia se trataba de la teología, pero ocasionalmente también de la medicina y de otros campos. Se suele conocer esa literatura con el nombre de defensa de la poesía, y la tenemos en la obra de Petrarca...» (Kristeller, P. O., *El pensamiento renacentista...* o. c., p. 268).

18 Esta visión complementa, y no excluye, la manifestada por Javier García Gibert: «Influido (o quizá presionado) por su padre, que era abogado, el joven Petrarca estudió Derecho, pero nunca ejerció esa disciplina, no porque le disgustara (pues conocía el respeto que le había tributado la Roma clásica) o porque no valorara la importancia de las leyes, <<sino por el uso depravado que de ellas han hecho los hombres>>, como escribió en su Carta a la Posteridad.» (García Gibert, J., *Sobre el viejo humanismo. Exposición y defensa de una tradición*, Madrid 2010, p. 173).

19 Rascón, C., *Sinopsis de historia del Derecho Romano*, León 1986, p. 83.

20 Garin, E., *El Renacimiento...* o. c., p. 68.

ria y Poesía, acertó a puntualizar, tras citar a Aristóteles, que «la auténtica Poesía era para los antiguos la Épica, al contrario de lo que ocurre hoy en día, en que la gente identifica la poesía con la esfera del intimismo y subjetivismo que caracteriza a la Lírica»<sup>21</sup>. Pues bien, hay que considerar que no pocos humanistas «no entienden por poesía la composición de versos vernáculos, sino la composición de poesía en latín y, sobre todo, el estudio y la interpretación de los poetas antiguos y de otros escritores clásicos»<sup>22</sup>. Aunque Petrarca también cultivó, como es obvio, la poesía en lengua romance, lo cierto es que el concepto de poesía humanístico era más amplio que el actual, y en él cabría integrar también el tenor de su discurso de coronación. Es, pues, sí, un ejemplo de oratoria, pero también podría haber sido considerado en su época como una pieza propia de la poesía.

Cuando Leonardo Bruni, en la biografía de Petrarca que escribió, reconoce que fue éste quien abrió camino<sup>23</sup> no hace sino refrendar algo que ya dice este de sí mismo en el discurso de su coronación. Petrarca no surge *ex nihilo*, ciertamente, pero su condición como Padre del Humanismo sigue siendo reconocida y apreciada.

A continuación, mi traducción castellana del texto latino<sup>24</sup>.

21 De Cuenca, L. A., *Historia y Poesía*, Murcia 2011, p. 10.

22 Paul Oskar Kristeller, *El pensamiento renacentista...* o. c., p. 269.

23 Garín, E., *El Renacimiento...* o. c., p. 76.

24 El texto latino en el que me he basado se encuentra en: [http://petrarca.litteraturaoperaomnia.org/petrarca\\_collatio\\_laureationis.html](http://petrarca.litteraturaoperaomnia.org/petrarca_collatio_laureationis.html).

También hemos consultado la traducción italiana citada en la nota 15 del presente trabajo.

## TRADUCCIÓN DE LA COLLATIO LAUREATIONIS DE PETRARCA

*Discurso pronunciado por el brillantísimo poeta florentino Francesco Petrarca en Roma, en el Capitolio, en el momento de su coronación con laurel.*

### 1

*«Pero por las escarpadas soledades del Parnaso me arrastra un dulce amor».*

*En el tercer libro de las Geórgicas.*

*En el día de hoy, magníficos y venerables varones, he de presentarme según el uso poético; y por esta razón hice salir mi exposición no de otra parte que de escritos poéticos. Además, y por esta misma causa, suprimidas en el presente aquellas pequeñísimas distinciones que se tienen por costumbre en las declamaciones teológicas, y tras invocar el favor del divino nombre —para merecer lograrlo, no pienso que haya de ser omitido el saludo de la gloriosa Virgen en este deseado aunque conciso discurso—, expondré lo restante mediante muy breves cuestiones. Ave, María, etc.*

### 2

*«Pero por las escarpadas soledades del Parnaso me arrastra un dulce amor».*

*Estas palabras han sido escritas por el más ilustre y mayor poeta de todos, en el libro tercero de las Geórgicas; de estas, la primera parte indica el no fácil trabajo de mi propósito, la segunda añade el no pequeño entusiasmo de mi mente estudiosa. En primer lugar, de esto aparece que «por las escarpadas soledades del Parnaso me...», donde conviene señalar «Parnaso», «escarpadas» y «soledades». En segundo lugar, de esto «rapta un dulce amor», donde hay que prestar atención a «amor», a «dulce amor» y a «siendo capaz el amor de arrastrar». Y, en efecto, es lógico que lo uno depende asimismo de lo otro: en verdad, cualquiera que desea ascender por las escarpadas soledades del Parnaso necesariamente ha de amar lo que desea; cualquiera que ama el ascen-*

so para conseguir con su estudio<sup>25</sup> lo que desea con su mente, sin duda alguna está más dispuesto, pues el estudio sin amor y, de alguna manera, gran deleite y cierta satisfacción no produce los efectos deseados, como se puede colegir de aquella opinión peripatética, que elegantemente es tratada por Tulio en el cuarto libro de las Tusculanas, y de la misma definición de estudio es evidente que no es otra que «el asiduo y apasionado afán consagrado con gran deleite a alguna cuestión, como a la filosofía, la poesía» y los restantes saberes, definición que coloca el mismo en el libro primero Sobre las invenciones<sup>26</sup>. Pues como expondré el asunto con argumentos breves, dado que os lo prometí y como conviene a mi profesión, digo en primer lugar que principalmente tres cuestiones acrecientan la dificultad de mi propósito, a saber: la misma naturaleza de la cuestión; la fortuna, para mí siempre inexorable, dura y desfavorable por estos estudios; el cuidado de mis circunstancias. Una palabra sobre cualquiera (de estas cuestiones). Cuán grande, digo, es de modo natural la dificultad de mi propósito se manifiesta por esto: que, cuando en otros saberes puede llegarse a su término con aplicación y trabajo, en la poesía es de otro modo; en ella nada se obtiene sin una cierta e infusa fuerza, de parte de los dioses, en el espíritu del poeta. No me creáis a mí mismo, sino a Cicerón, quien en el discurso en favor de Aulo Licinio Arquías, hablando sobre los poetas, utiliza estas palabras:

«De los más eruditos y doctísimos varones hemos sabido por tradición esto: los estudios de otras cuestiones constan de talento, formación y conocimiento; el poeta tiene valor por su misma naturaleza y es estimulado por las fuerzas de su mente, y por un espíritu en cierta manera divino, de modo que no injustamente aquel, nuestro Ennio, con todo su derecho, llame «santos» a los «poetas», pues parecen habernos sido confiados como un favor de los dioses.» Esto Cicerón. Sin duda en esta mención de los más eruditos varones pienso que este ha aludido a Marco Varrón, con mucho el más docto de los romanos, quien se cree que ha colocado esta misma sentencia en el primer libro Sobre los poetas. Ciertamente considerando esta dificultad dice el Satírico<sup>27</sup>:

25 Recuérdese que «studium», la palabra del texto latino original, significa no solo estudio, sino también afán, esfuerzo o empeño.

26 Normalmente se encontraría este título en singular: *De inventione*.

27 Juvenal.

*«Oh, obra de una gran mente, y no enajenada por procurarse una colcha, contemplar carros, caballos y el aspecto de los dioses, y cómo Erinia confunda a Rútulo.»*

Considerando esta misma, Lucano exclamó en el libro noveno:

*«¡Oh, sagrado y grande trabajo de los poetas!».*

*¿Os parece bastante, y declarada por testigos apropiados, la dificultad natural de mi propósito, la cual sin duda es tan grande que el trabajo humano no es capaz de vencerla, cuando sin embargo, en lo restante, como regla ha sido escrito por un poeta que*

*«el trabajo ímprobo todo lo puede»*

*en el primer libro de las Geórgicas? De esta fuente ciertamente salen aquellas burlas de los que trabajan inútil e ineficazmente hasta el final de su vida en esta actividad, como leemos algunas en los libros de la educación escolástica; y esto respecto a la primera cuestión.*

### 3

*La segunda cuestión, a saber, hasta qué punto Fortuna<sup>28</sup> me ha sido inexorable y cruel, con cuántos trabajos no me ha dejado en reposo desde mi juventud, cuántos ultrajes suyos he soportado lo sabe el Altísimo, lo conocen estos que conmigo han vivido habitualmente. Pero yo me abstengo de exponerlo para no impedir un día festivo con un discurso lúgubre. En verdad cualquiera que lo ha experimentado sabe cuánto obstáculo para los estudios poéticos ocasiona la más áspera Fortuna; en referencia a esto el Satírico se atrevió a decir, no solo sobre los poetas comunes, sino sobre el mismo padre de los poetas, Virgilio:*

*«Pues si a Virgilio le faltase un esclavo y un alojamiento soportable, caerían todas las culebras de los cabellos de una hidra, nada gemiría gravemente el silencioso cuerno».*

*Y, de nuevo, en el mismo lugar:*

*«Pero a un eminente poeta, que no sea de inspiración común, que nada experimentado suela escribir, no quien*

<sup>28</sup> Cuando en el texto latino aparece «Fortuna» traduzco respetándolo, entendiendo que se refiere a la diosa.

*profiere un poema trivial por una moneda vulgar,  
a éste, tal cual no soy capaz de mostrar y solo me lo imagino,  
un espíritu lo hace carente de angustia, incapaz de soportar  
todo el dolor, deseoso de los bosques y apropiado  
para beber en las fuentes de las Musas.  
Y en verdad no puede cantar bajo la cueva de las Piérides  
ni tocar el tirso la triste indigencia  
y pobre de dinero del que el cuerpo tiene necesidad en la noche y  
en el día».*

*Y esto sobre la segunda.*

#### 4

*Sobre la tercera cuestión nada más diré sino lo que todos  
leemos y vemos. Hubo en verdad un tiempo, hubo una edad más  
feliz para los poetas, cuando eran tenidos en el mayor honor.  
Primeramente en Grecia, después en Italia, y sobre todo bajo el  
imperio de César Augusto, bajo quien los poetas florecieron: Vir-  
gilio, Varo, Ovidio, Horacio y otros muchos; hablando el Sattri-  
co sobre este tiempos decía:*

*«Entonces igualaba el valor al ingenio, entonces lo provechoso  
para muchos era tomar un color más pálido y no conocer el vino  
durante todo diciembre».*

*En verdad hoy, como veis, todo ha cambiado. La cuestión  
resulta manifiesta y no necesita de prueba, de modo que ahora  
puede decirse mercedamente lo que ya entonces, el mismo Sattri-  
co, que detesta el cambio de los tiempos, decía:*

*«¡Rompe, pobre, tus plumas<sup>29</sup>, y borra los combates de las vigili-  
as, tú que creas poemas sublimes en una pequeña habitación,  
para que llegues digno a las hiedras y a un enjuto retrato!  
Ninguna esperanza futura: ya el rico avaro aprendió  
solo a admirar, solo el diserto a elogiar,  
como los niños al ave de Juno. Pero el tiempo de sufrir  
el mar, los yelmos y el azadón pasa.  
Entonces los tedios penetran en los espíritus,  
Entonces la elocuente y desnuda vejez se odia a sí misma y a su  
Terpsícore».*

*Y esto sobre la tercera.*

29 Si se prefiere, «cálamos».

## 5

*Éstas son, pues, aquellas tres cuestiones: de las dos primeras se enseña hasta qué punto son escarpadas las cumbres del Parnaso por las que me es preciso caminar; de la tercera se concluye cuán solitarias son. Así pues alguien dirá: ¿qué es esto, amigo? ¿Acaso decidiste renovar la costumbre, clausurada por una innata dificultad y ya abolida tiempo ha por el paso del tiempo, oponiéndose y resistiéndose sobre todo Fortuna? ¿De dónde esta tan gran confianza tuya, para decorar con nuevas y extraordinarias guirnaldas el Capitolio romano? ¿No ves cuántos trabajos has tomado: subir por las escarpadas soledades del Parnaso y el inaccesible bosque de las Musas? Veo, queridísimos señores, veo, digo, ciudadanos romanos, todo esto*

*«Pero por las escarpadas soledades del Parnaso me arrastra un dulce amor», como, comenzando, dije: tan gran fuerza de este amor hay en mí que, por él, todas estas dificultades, en cuanto atañe a mi presente propósito, o he vencido o creo haber vencido. De aquí, pues, se origina de nuevo la segunda pequeña parte de la proposición principal previa, a saber que, tras el trabajo de ascender por los «escarpadas soledades» del Parnaso, se sigue después la mención de la causa eficiente: porque «un dulce amor arrastra»; de donde ha de verse que, como presentamos que aquella dificultad surge de tres raíces, así este estado de ánimo, vencedor de aquella dificultad, se origina también de tres fundamentos: de estos el primero es el honor del Estado, el segundo lo que conviene a la propia gloria, el tercero el estímulo de la actividad ajena.*

## 6

*Primeramente me punza el recordar que antes, en esta misma ciudad de Roma, «en la cumbre de todas las tierras», como dice Cicerón, en este mismo Capitolio romano, donde ahora estamos pisando, donde tantos y tan grandes poetas, aventajados en la cima de su ilustre magisterio, han conseguido la merecida corona de laurel; ahora en verdad aquella costumbre no está ya interrumpida de alguna manera, sino desechada, hasta tal punto que se ha convertido en algo extraordinario, y ya ha caído en desuso hace más de mil doscientos años, puesto que, tras Estacio Pampíneo, poeta ilustre que floreció en los tiempos de Domiciano, no leemos que nadie haya sido condecorado con tal honor.*

Soy motivado, por consiguiente, de modo que, si Dios lo permite, en el tiempo del ya envejeciente Estado de los romanos, renueve la hermostísima costumbre de su florida juventud, donde no callaré —no por vacía jactancia, sino por la verdad— que en estos últimos años, y al mismo tiempo, he sido invitado por el Senado que entonces había en Roma, y por algunos próceres romanos, algunos de los cuales veo presentes ahora aquí en esta asamblea, y también en París por el egregio varón maestro Ricardo, canciller parisino, y por muchos ilustres varones de aquella universidad para recibir este mismo honor en esa ciudad con muchas peticiones a porfía, y yo, por la presente fama de aquel Estudio, yo había dudado; sin embargo, finalmente decidí que sería muchísimo mejor que me lo entregasen aquí; ¿por qué?, pregunto, a menos que, como dice Virgilio:

«¿Vence el amor a la patria?»

Y no he negado que me ha impulsado mucho en esta decisión cierto afecto y respeto de los antiguos poetas que, con sus excelentes talentos, florecieron en esta misma ciudad, aquí vivieron, aquí finalmente fueron enterrados; en verdad dice el ilustre Marco Tulio en el libro segundo Sobre las leyes: «Yo considero tu causa justa para que aquí más gustosamente vengas y ames este lugar», y sigue: «En verdad soy movido, desconozco cómo, a esos mismos lugares en los que están presentes los restos de esos a los que amamos o admiramos. De lo cual, sin duda, yo mismo me deleito, no tanto por las magníficas obras de aquella nuestra Atenea, ni con las artes de los antiguos, como por el recuerdo de los más elevados varones, dónde habitó cada uno, dónde se sentaban, dónde acostumbraban a disputar y contemplo con pasión sus sepulcros.» Esto él. Pero para mí —lo confieso— no fue la causa principal de venir a Roma. Por lo demás, cualquiera que sea la causa, confío que la misma venida será para un no obscuro futuro, para esta ciudad, para aquella de la que vengo y para Italia entera. Esto sobre el primer fundamento.

## 7

Sobre el segundo fundamento, a saber, respecto al decoro de la gloria propia, muchas y variadas cosas pueden decirse, que, por la brevedad prometida, omitiré. Baste haber dicho solo esto: el deseo de gloria no solo se encuentra introducido en los seres humanos, sino principalmente en los varones sabios y distingui-

*dos; de aquí es que cuando muchos de los filósofos discuten sobre el desprecio de la gloria, ninguno, sin embargo, o pocos se encuentran que verdaderamente la despreciasen, lo que se muestra principalmente porque al comienzo de sus libros, que escribieron sobre la gloria que ha de desdeñarse, escribieron sus nombres, como dice Tulio en el libro primero de las Tusculanas.*

*Ved qué dijo el mismo, frente a Julio César, hablando en esta misma aula, entre otras cosas:*

*«No negarás ser avidísimo de gloria, por muy sabio que seas».*

*¿Para qué más? Muy verdadero es que, en algún otro lugar, dijo el mismo:*

*«Apenas hay quien, tomados sobre sí los trabajos y arrostrados los peligros, no desease la gloria de las gestas como recompensa». De donde proviene aquello de Ovidio:*

*«El oyente estimula el estudio y acrecienta la alabada virtud y la gloria tiene un inmenso incentivo».*

*Para unir este segundo punto con el primero<sup>30</sup> se renueva aquel verso de Virgilio cuya mitad he adaptado a las cuestiones precedentes, de modo que digamos:*

*«El amor a la patria vencerá y un inmenso deseo de alabanzas.»*

*Y esto sobre el segundo.*

## 8

*Sobre el tercer fundamento, esto es, el estímulo de la actividad ajena, solamente diría esto: como a algunos da vergüenza seguir las huellas ajenas, así otros, y muchos más, son quienes temen emprender un arduo camino sin un guía resuelto; muchos de estos conocí, y principalmente por Italia, sin duda varones eruditos e inteligentes dedicados a mis mismos estudios, y anhelando lo mismo con espíritus ávidos, dudando, sin embargo, hasta el presente y, o por pudor, o por pereza, o por desconfianza, o lo que preferiría suponer, por cierta humildad o modestia, todavía no han emprendido este camino. Así pues, audazmente, quizá,*

<sup>30</sup> En este punto, según el texto latino que utilizamos, parece haber una laguna.

*pero no, como creo, con malvada intención, tras haberlo dejado otros, no temí ofrecirme como guía en tan trabajoso, y para mí sin duda peligroso, sendero, para muchos que después, como opino, han de seguirlo*<sup>31</sup>.

*Y esto sobre el tercero.*

## 9

*Así pues aquella triple dificultad ha sido superada por su triple contrario: en esta lucha no niego que me ha asistido cierta rapidez de inteligencia que me concedió desde lo alto el Dios dador de todos los bienes, aquel Dios, digo, de quien particularmente puede proclamarse:*

*«Espléndido maestro del arte y de la inspiración», como dice Persio.*

*Puesto que, en verdad, sea como sea, he sido conducido, a través de las dificultades enfrentadas, con la ayuda de Dios, al término deseado, lo restante es que yo tenga esperanza de algún premio como consecuencia de tantos trabajos; sin embargo, opino que es conveniente que alegue unas pocas cuestiones sobre la cualidad de la profesión poética y también sobre las condiciones para obtener un premio. Respecto a lo primero dos palabras bastarán.*

*Conviene saber, ilustrísimos varones, cuán muchos, incluso casi todos, opinan sobre el oficio y la profesión de poeta; pues, como elegantemente dice Lactancio en el primer libro de las Instituciones: «Desconocen cuál es la dimensión de la licencia poética, hasta dónde está permitido llegar en el inventar, la manera en que el oficio de poeta se ocupa de ello, de modo que transforme los hechos que son verdaderos, mediante alegorías indirectas, en otra forma, con alguna belleza. Pero imaginar todo aquello que refieras es inapropiado y ser más bien mentiroso que poeta.» De aquí es lo que Macrobio, en el segundo comentario respecto al sexto libro de **Sobre la República**<sup>32</sup>, dice con estas palabras: «Y quieren que sea Homero, fuente y origen de todas las divinas invenciones, bajo el velo de la ficción, quien concedió a los sabios que se comprendiese la verdad. Mediante la imagen fabulo-*

<sup>31</sup> Si se prefiere, considerando el contexto, también podría admitirse «seguirme».

<sup>32</sup> Es la conocida obra de Cicerón.

*sa de Júpiter habiendo ido al Océano con los otros dioses —es decir, con las estrellas—, habiéndole invitado los etíopes al banquete, Homero ha indicado que quieren absorber los alimentos para las estrellas del agua. Éste, por lo mismo, dijo que los etíopes eran reyes de los banquetes celestiales, puesto que alrededor de la orilla del Océano no habitan sino los etíopes, a los que la proximidad del sol quema hasta el aspecto del color negro». Esto Macrobio. Largo sería discurrir por todos los puntos. Pero, si el tiempo no faltase, y no temiese llevar hastío a vuestros oídos, podría demostrar fácilmente que los poetas, bajo la envoltura de ficciones, han expresado ahora ciencias naturales, ahora cuestiones morales, ahora obras históricas, de modo que llegue a ser verdad lo que a menudo suelo decir: entre el oficio de poeta, de historiador y de filósofo, o moral o natural, hay la misma distancia que entre el cielo nublado y el sereno, hay la misma claridad en lo expuesto por ambas partes, pero diferente según lo captado por quienes lo contemplan. Por esto, sin embargo, la poesía llega a ser más dulce, por esta razón: la verdad buscada más trabajosamente se hace más y más dulce encontrada: sea suficiente haber dicho esto no tanto sobre mí mismo cuanto sobre la ejecución de la profesión poética, y en verdad, por mucho que sea deleitoso divertirse al modo de los poetas, no quisiera parecer poeta si no fuese otra cosa que poeta.*

## 10

*Falta ahora hablar sobre el premio, y si, quizá, no merecido, sin embargo muy conforme al deseo y esperado. Efectivamente no se discute que está constituido por diversos aspectos. Ciertamente el premio poético es ante todo el honor de la gloria, y sobre esto se ha dicho bastante. Igualmente, la inmortalidad del nombre, y esta doble: la primera en ellos mismos<sup>33</sup>, la segunda en estos que son juzgados dignos de tal honor. Respecto a la primera habla Ovidio muy confiadamente al final de la Metamorfosis:*

*«Y ya acabé el trabajo, que ni la ira de Júpiter ni el fuego,  
ni el hierro ni la voraz vejez podrá destruir»  
y lo restante hasta el final.*

*Sobre lo mismo Estacio en el final de la Tebaida:*

33 Se refiere a los poetas.

*«¿subsistirás lejos de tu señor, y seguirás sobreviviendo  
Oh Tebas, vigilada para mí largo tiempo, durante doce años?»*

*y lo que sigue hasta el final. Sobre la segunda habla Virgilio en el noveno cuando:*

*«¡Afortunados los dos, si mis poemas pueden algo!  
Ningún día, jamás, os sacaré del recuerdo en la eternidad,  
en tanto que la casa de Eneas habitará junto a la inamovible peña  
del Capitolio  
y el padre romano tendrá el poder.»*

*Sobre lo mismo Estacio en la Tebaida:*

*«También vosotros, sagrados, si algo se elevan mis poemas  
con una poesía lírica inferior, sobrepasaréis los años que se re-  
cuerdan».*

*De uno y otro al mismo tiempo habla Lucano en el noveno libro:*

*«Los venideros me leerán, y a ti; nuestra Farsalia  
vivirá, y no será condenada por ninguna época a las tinieblas».*

*Y ciertamente muchos varones fueron gloriosos y dignos de ser recordados, tanto en los escritos como en la actividad bélica, y cuyos nombres unió el olvido en el correr de los tiempos: no fue por ninguna otra causa sino porque no supieron confiar a la pluma<sup>34</sup> duradera y estable de un hombre letrado lo que tuvieron en su mente. Pues, como dice Cicerón en el primer libro de las Tusculanas: «Puede acontecer que alguien piense con rectitud y aquello que piensa no pueda explicarlo con elegancia ni con deleite ninguno seducir al lector: es del hombre que inmoderadamente abusa del ocio y de las letras»; y esto sobre los verdaderos sabios. Pero fuertes y belicosos hombres, o de otra manera dignos de la eternidad de su nombre, pasaron al olvido porque el escritor apropiado no tuvo contacto con ellos. Por esto, a la vez que con sus cuerpos ha sido sepultada la fama de tales, lo que con discernimiento dice Horacio en su libro de Odas: «Vivieron muchos hombres valientes antes de Agamenón, pero todos, no llorados, son cubiertos por la oscuridad», y sigue la razón: «porque carecen de un sagrado poeta». Previendo esto algunos de los ilustres varones tuvieron consigo, en gran estima, a poetas, para que*

34 Si se prefiere, «estilo» o «punzón».

*hubiese alguien que pudiese traspasar sus alabanzas a los descendientes. Marco Tulio, en el citado discurso en defensa de Aulo Licinio Arquías allana puntualmente esta cuestión. Y no es algo sorprendente que los brillantes generales de las guerras aprecien a los poetas brillantes, por aquella regla de Claudiano:*

*«en verdad goza la virtud de que se la unan las Musas, sus testigos; cualquiera que produce algo digno de un poema, ama la poesía.»*

*En efecto, cuán verdad es que pertenece a la gloria mundana aquello horaciano:*

*«poco difiere de la sepultada inercia  
la virtud que se mantiene en secreto».*

*Y ciertamente de aquí proviene aquella exclamación de Alejandro de Macedonia, quien, según se dice, habiendo llegado al sepulcro de Aquiles, pronunció suspirando: «O, afortunado joven, que encontraste tal pregonero de tu virtud».*

*Hasta aquí esto. Hay también otros premios de poetas: omitiéndolos ahora, llego a la corona de laurel.*

## 11

*Así pues, la corona de laurel, debida a los emperadores y a los poetas es una guirnalda entretejida de frondas de laurel, aunque la poética se hiciese a veces de mirto, a veces de hiedra, a veces de una simple cinta; todas estas variedades yo mismo, en una carta, reuní en estos dos cortos versos:*

*«Ahora, sin embargo, guardan silencio los laureles, los mirtos y las hiedras,  
y la sagrada cinta debida a tus sienes».*

*Pero no seguiré más: pospuestas otras cuestiones, han de ser referidas brevemente las características del laurel. Ante todo es un árbol oloroso, lo que también el sentido indica; en el libro sexto de la Eneida Virgilio (escribió):*

*«Entre el oloroso bosque de laurel»,*

*y en la segunda Égloga de las Bucólicas:*

*«Y a vosotros, oh laureles, os cogeré, y a ti, vecino mirto así, dispuestos cuando mezcléis vuestros suaves olores.»*

*Primeramente por esto, porque el olor puede ser imputado a la buena fama, es porque lo buscan los emperadores y los poetas. Además, puesto que, como estamos formados de alma y cuerpo, así ha sido preparada para nosotros una doble vía para buscar la gloria, a saber, la del cuerpo y la del espíritu, aunque mientras estamos en esta vida, el uno tiene necesidad del auxilio del otro: no hay duda de que aspiran a la gloria por la primera los emperadores y por la segunda los poetas. De esta manera, como pueden dirigirse ambos a lo mismo por caminos diferentes, no inconvenientemente un elemento ha sido dispuesto para uno y otro, a saber el aroma del árbol oloroso, que, como dijimos, es representación de la buena fama y de la gloria. Y además este árbol da sombra, y es conveniente para el reposo de los trabajadores; de donde es aquello de Horacio en la oda XLIV:*

*«El laurel, denso por sus ramas, impide los ardientes golpes» del sol; y aquello del mismo en la oda XLVI:*

*«Y el cuerpo fatigado por la larga milicia deposita bajo mi laurel.»*

*Esto es lo segundo. Y no incongruentemente esta propiedad se refiere a los emperadores y a los poetas, de manera que a aquellos tras las guerra, a éstos por sus esfuerzos en los estudios el descanso parezca prometido. Dicen que la fronda de este árbol, como es incorruptible en sí misma, así preserva de la corrupción a los libros y otros objetos a los que es aplicada; lo que singularmente conviene a los poetas, cuyas obras y fama propia y de otros no se discute que son preservadas de la corrupción. Y además es un árbol sagrado, temible y venerable, de donde también Virgilio, en el séptimo libro de la Eneida:*

*«El laurel estaba en el medio de la casa en las retiradas profundidades, follaje sagrado y conservado con temor durante muchos años»; acostumbraron a erigir altares junto a él, según aquello del libro segundo de la Eneida:*

*«en el centro de la casa, y bajo la desnuda bóveda del cielo hubo un enorme altar, y junto a un viejísimo laurel, dando sombra al altar»;*

*es apto para el culto de los ofrecen sacrificios, de donde en el tercer libro de la Eneida:*

«Y el sacerdote de Febo Ceñido en sus sienes con vides y sagrado laurel», y Lucano, en el sexto libro:

«De donde también vienen a Pitia los laureles de Tesalia».

Adorno no solo de los templos sino también del mismo Capitolio; Lucano en el primer libro:

«El Capitolio pide sagrados laureles».

El día me faltará en caso de exponer cada ejemplo; y sin duda, por delante de todo esto, los laureles parecen convenir del mismo a los emperadores y a los poetas; aunque pudiese presentar con mil testimonios autorizados que son habitualmente ambos llamados «sagrados», no acudiría sino a aquello ciceroniano: «Se usa en la cuestión cierta de testimonios innecesarios».

Faltan, todavía, tres memorables propiedades del árbol que de ninguna manera han de omitirse: primeramente que, aplicado a quien duerme, hace reales sus sueños, por lo que parece estar destinado particularmente a los poetas, quienes dicen soñar usualmente con el Parnaso, según aquello de Persio:

«Y no haber soñado en el Parnaso de doble cima»

y lo restante; esto, por supuesto, como envoltura, en cuanto que en los escritos de los poetas, que parecen sueños a quienes no los comprenden, la verdad se enseña cubierta, con la cabeza de estos ceñida con su árbol, que, como dijimos, hace verdad los sueños. Del mismo modo, desde otro punto de vista, puede considerarse, conforme a éstos, apropiado a Apolo, el dios de la adivinación, y porque también por él mismo se forma el diamante, como al punto diré. Al ser Apolo estimado como dios de los poetas muy poco sorprende que los poetas merecedores fueran coronados con las frondas de su dios, pues se consideraban confiados en su ayuda, y le llamaban dios del ingenio. La segunda de las tres propiedades, la más importante, es el eterno verdor de este árbol, sobre lo que alguien dice no sin elegancia:

«Como el invierno no hiere al laurel, ni la hoguera al oro.»

El laurel, por esto, conviene igualmente a ambos, es decir, a los emperadores y a los poetas, por la inmortalidad: por lo que en consideración a ello del mismo modo es amado por Febo; se dice que está consagrado a Febo de donde es aquello de las Bucólicas:

«Oh, hermoso mirto de Venus, laurel de Febo»,

y aquello del mismo en el libro séptimo de la Eneida:

«Que, encontrado, al edificar las primeras defensas, se decía que el padre Latino había consagrado a Febo».

Y de aquí tuvo su razón de ser el tema para la fábula, a saber, que Febo ha amado a Dafne: en verdad Dafne en griego, como declara Uguccio, es laurel en latín; esta fábula se lee completamente en Ovidio, en el libro primero de la Metamorfosis; y esto no sin razón es descrito por los poetas: por mucho que en verdad un árbol cualquiera sea amigo del sol, del que desciende su movimiento y su vida, aquél sin embargo, más digno, lo decoró con la gracia de un extraordinario verdor, tiene amorosamente el título de amado y, sin duda, de esto proviene la inmortalidad de su verdor, prefigurando la inmortalidad tanto en la guerra como en la inteligencia del nombre distinguido; pudo haber sido la causa por la que los emperadores y los poetas fuesen coronados con esta importantísima fronda. La tercera y última de estas propiedades es que, como se conviene entre todos los que escribieron sobre la naturaleza de las cosas, este árbol no es fulminado<sup>35</sup> —privilegio grande y extraordinario—; y ésta también —sigamos hasta el final como comenzamos—, fue la causa más secreta de su veneración como árbol<sup>36</sup>, puesto que el rayo es, en verdad, más violento para los asuntos humanos que la larga duración del tiempo consumiéndolo todo: las obras, los asuntos de los mortales y la fama. Así pues, éstos son coronados de fronda por el poder de repeler el rayo, cuya gloria, única, no teme a aquella que, al modo del rayo, todo lo abate: la vejez. Habéis oído las causas, que sin larga meditación, y como al momento, se presentaron. Pero, respecto a esta cuestión, considérese de este modo, a saber, que tanto los emperadores y los poetas son coronados con esta fronda, puede ser confirmado por innumerables testigos, pero de cada uno, con afirmaciones para ambos, habla suficientemente Horacio sobre los emperadores en la oda XL:

«a quien el laurel engendró honores eternos por el triunfo dalmático.»

Sobre los poetas Estacio en su primera Tebaida (escribe):

<sup>35</sup> Por el rayo.

<sup>36</sup> En la traducción italiana citada en la nota 15 del presente trabajo se indica que aquí habría una laguna en el sentido del texto.

*«Habr  un tiempo en el que como el coronado de laurel cantar  tus hechos con un estro más fuerte».*

*De ambos simultáneamente habla el mismo Estacio en su Aquileida:*

*«para quien las coronas de laurel de los poetas y de los generales florecen a porfía de modo semejante».*

*Y esto ha sido dicho sobre la corona de laurel tanto imperial como poética.*

## 12

*Sin duda quedarían por decir todavía muchas cosas sobre las poesías originarias, sobre los tipos y variedades de los poetas y sobre el conocimiento de otras cuestiones muy hermosas, pero, al ver vuestra mayor atención, por esto he de ser más diligente para no interrumpirla acaso por el exceso de palabras, ni molestar por aquella razón vuestros muy pacientes   dos; pondr , pues, fin de este modo. Sobre los primeros dos géneros de recompensas, si me pudiesen tocar, lo vería Dios y mi fortuna, y lo ver ais vosotros, señores y amigos míos, y lo verían quienes, tras vosotros, nacerán, los que, tengo esperanzas, han de producir una opinión sobre mí más cierta y favorable, puesto que, como dice Tulio «y sin amor y sin deseo, y a la inversa, sin odio y sin envidia juzgarán». Por otra parte, el tercero, esto es, la corona de laurel poética, de cualquier modo que suceda en lo restante<sup>37</sup> la solicito suplicantemente de vuestras manos, oh ilustrísimo senador, a quien fueron dadas las peticiones acerca de esto del ilustrísimo rey de Sicilia —por cuyo altísimo y profundísimo juicio ciertamente he sido aprobado, a pesar de no ser merecedor—, a quien, además, según una antiquísima deferencia del pueblo romano, esta potestad ha sido confiada.*

Lorenzo MARTÍNEZ ÁNGEL  
Doctor en Historia

37 En referencia a las otras dos recompensas.

